

R. W. Connell

Masculinidades



PUEG

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA UNIVERSITARIO DE ESTUDIOS DE GÉNERO

México, 2003

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Doctor Juan Ramón de la Fuente
Rector

Doctora Olga Elizabeth Hansberg
Coordinadora de Humanidades

Doctora Graciela Hierro
Directora del PUEG

PROGRAMA UNIVERSITARIO DE ESTUDIOS DE GÉNERO

Comité Editorial

**Dora Cardaci • Gloria Careaga • Mary Goldsmith • Graciela Hierro
Claudia Lucotti • Mercedes Pedrero • Greta Rivara • Martha Judith Sánchez
María Luisa Tarrés • Margarita Velázquez**

Gloria Careaga
Coordinadora del Comité Editorial

Berenise Hernández • Mauro Chávez
Publicaciones

Traducción: Irene Ma. Artigas

Revisión técnica: Lorenia Parada-Ampudia

Cuidado de la edición: Mauro Chávez

Tipografía y formación: Federico Mozo

Diseño de portada: Teresa Guzmán

Primera edición: 1995, University of California Press

Primera en español: 2003, Universidad Nacional Autónoma de México

DR © 2003

Universidad Nacional Autónoma de México

Coordinación de Humanidades

Programa Universitario de Estudios de Género

Ciudad Universitaria, 04510 México, D.F.

ISBN 970-32-0712-X

Impreso y hecho en México

PREFACIO A LA TRADUCCIÓN

En la actualidad reconocemos ampliamente que muchas cuestiones sociales incluyen la naturaleza de la masculinidad, y las identidades y prácticas de los hombres. Por ejemplo, muchas cuestiones relacionadas con la salud (desde las lesiones en la industria hasta la prevención del SIDA) incluyen el comportamiento que tienen los hombres derivado del género. En el mismo caso se encuentran cuestiones de población y fertilidad. Ciertas versiones de la masculinidad se relacionan profundamente con la violencia (tanto la organizada, en el caso de los ejércitos, como la personal). Los hombres son piezas clave para conseguir la paz. También hay cuestiones difíciles e importantes sobre la educación de los niños.

En los últimos veinte años la investigación sobre la masculinidad y la conducta dependiente del género de los hombres ha tenido un gran auge. El presente libro describe el crecimiento de este tipo de conocimientos. Entre las conclusiones principales podemos mencionar que existen múltiples formas de masculinidad. En muchas situaciones un modelo de masculinidad domina, es el hegemónico sobre otros. Sin embargo, esto no hace que los demás se desvanezcan. Las masculinidades son colectivas, además de individuales. A menudo están divididas y son contradictorias; además, cambian con el transcurso del tiempo.

La investigación a este respecto es ahora un fenómeno mundial. En Latinoamérica y en España se han hecho importantes contribuciones al respecto.

Este libro proporciona una historia de las ideas que, en el Occidente moderno, se han desarrollado respecto al género de los hombres y las masculinidades; construye un marco conceptual para comprender la investigación y las cuestiones prácticas al

Anticipemos las definiciones que aparecerán en el capítulo 3 y digamos que las masculinidades son configuraciones de la práctica estructuradas por las relaciones de género. Son inherentemente históricas, y se hacen y rehacen como un proceso político que afecta el equilibrio de intereses de la sociedad y la dirección del cambio social.

Podemos obtener conocimientos sistemáticos sobre estos objetos, pero dichos conocimientos no siguen el modelo de la ciencia positivista. Los estudios de una realidad política e histórica trabajan necesariamente dentro de la categoría de lo posible; comprenden el mundo que resulta de la acción social bajo la luz de las posibilidades que no se han realizado, además de las que se realizaron. Estos conocimientos se basan en una crítica de lo real; no son únicamente reflexiones sobre lo que ocurrió.

La ciencia social crítica requiere de una ética que se fundamente empíricamente en las situaciones que se estudien. Nuestro análisis se basa en la justicia social: la posibilidad objetiva de la justicia en las relaciones de género, que algunas veces se consigue y otras no. Dichos fundamentos no suponen que propongamos la preferencia de un valor arbitrario ajeno al acto de conocer. Más bien, se trata de aceptar el carácter inherentemente político de nuestro conocimiento sobre la masculinidad, y hacerlo debe considerarse una ventaja epistemológica y no el motivo de más confusiones.⁷⁶

Ésta es la manera en la cual podremos obtener una ciencia de la masculinidad realmente significativa. Se trata de una parte de la ciencia crítica de las relaciones de género y de su trayectoria en la historia. A su vez, esta última es parte de una mayor exploración de las posibilidades humanas, y sus negaciones; y tanto la ciencia social como la política práctica la requieren.

⁷⁶ Mi argumento se basa en la "teoría crítica" de la Escuela de Frankfurt; sin embargo, quisiera enfatizar la importancia del conocimiento empírico en la crítica. El conocimiento crítico debería ser más científico que positivista, y no al contrario: más respetuoso de los hechos, más profundo en su exploración de la realidad social. En los estudios educativos se han desarrollado modelos muy útiles: Giroux, 1983; Sullivan, 1984; Wexler, 1992.

CAPÍTULO 2 LOS CUERPOS DE LOS HOMBRES

LA VERDADERA MASCULINIDAD

Los argumentos que suponen que la masculinidad debe cambiar conducen a menudo a un callejón sin salida, no tanto por el poder de argumentaciones contrarias a la reforma, sino por la idea de que los hombres *no pueden* cambiar, así que intentar que cambien es inútil y muchas veces peligroso. La cultura de masas normalmente supone que detrás del flujo y reflujo de la vida cotidiana existe una masculinidad verdadera, fija. Por eso se repiten frases como “hombres de verdad”, “hombres por naturaleza”, lo “masculino profundo”. Un amplio espectro de disciplinas, que incluye al movimiento mitopoético masculino, al psicoanálisis junguiano, al fundamentalismo cristiano, la sociobiología y la escuela esencialista feminista, comparte esta opinión.

Casi siempre se supone que la verdadera masculinidad surge de los cuerpos de los hombres —que es inherente al cuerpo masculino o que expresa algo sobre el mismo—, ya sea que el cuerpo impulse y dirija la acción (por ejemplo, los hombres son más agresivos por naturaleza que las mujeres; la violación es el resultado de la lujuria incontrolable o de cierto instinto violento), o que la limite (por ejemplo, los hombres no se ocupan por naturaleza del cuidado infantil; la homosexualidad no es natural y, por lo tanto, se confina a una minoría perversa).

Estas creencias son parte estratégica de la ideología moderna del género, por lo menos en el mundo de habla inglesa. Ésa es la razón por la cual la primera tarea del análisis social es comprender los cuerpos de los hombres y su relación con la masculinidad.

En las últimas décadas, la discusión sobre el tema se ha concentrado en dos escuelas opuestas. Para la primera, que básica-

mente traduce la ideología dominante al lenguaje de las ciencias biológicas, el cuerpo es una máquina natural que produce la diferencia debida al género —a través de la programación genética, las diferencias hormonales o la diferencia en los roles de los sexos durante la reproducción—. Para la segunda, que ha empapado las humanidades y las ciencias sociales, el cuerpo es una superficie o un paisaje más o menos neutral sobre el cual se imprime el simbolismo social. Al interpretar estos argumentos como una nueva versión de la polémica tradicional entre lo natural y lo que se aprende, otras voces han propuesto un arreglo salomónico: la influencia biológica y la social se combinan para producir las diferencias en el comportamiento debidas al género.

En este capítulo intentaré demostrar que los tres puntos de vista están equivocados. Es posible llegar a comprender mejor la relación entre los cuerpos de los hombres y la masculinidad, pero sin utilizar sólo la argumentación abstracta. Por lo tanto, introduciré, un poco fuera de lugar, cierta evidencia tomada de los estudios de historias de vidas que presentaré con más detalle en la segunda parte del libro.

MÁQUINA, PAISAJE Y COMPROMISO

Desde que la capacidad de la religión para justificar la ideología ligada al género se colapsó, se intentó llenar con la biología el vacío que quedó. La necesidad de dicha justificación puede medirse a partir del enorme interés de los medios masivos de comunicación conservadores en historias sobre descubrimientos científicos relacionados con las supuestas diferencias sexuales. Mi historia favorita es la que se refiere a que la dificultad que tienen las mujeres para estacionar sus coches se debe a las diferencias sexuales en la función cerebral. (Para empezar, ni siquiera se puede comprobar realmente que el estacionarse dependa de una diferencia sexual.)

La especulación sobre la masculinidad y la feminidad es fundamental para la sociobiología, esto es, la disciplina que, durante los años setenta, tomó fuerza para explicar evolutivamente la sociedad humana. Como un ejemplo de este tipo de trabajos, mencionaré a Lionel Tiger, con su *Men in Groups* (*Hombres en grupos*),

en donde se ofrecía una teoría de la masculinidad reducida completamente a lo biológico y basada en la idea de que descendemos de una especie cazadora. Una de las frases de Tiger ha sido acuñada por la terminología popular: "vínculos masculinos".

Según estas teorías, los cuerpos de los hombres son los portadores de cierta masculinidad natural producida por las presiones evolutivas ejercidas sobre la humanidad. Con nuestros genes masculinos heredamos la agresividad, la vida familiar, la necesidad de competir, el poder político, las jerarquías, la territorialidad, la promiscuidad y la formación de clubes masculinos. Esta lista varía según quién hace la investigación, pero la idea es la misma. Según Edward Wilson, decano de la sociobiología, "la cultura amplifica las diferencias físicas y de carácter entre los hombres y las mujeres y las transforma en dominación universal masculina". De manera más específica, otras investigaciones sostienen que el orden social actual se deriva del sistema endocrino: por ejemplo, el patriarcado se basa en cierta "ventaja agresiva", producida por las hormonas, que los hombres tienen sobre las mujeres."¹

La teoría endocrinológica de la masculinidad, como la del sexo cerebral, también permeó el sentido común de los periódicos. Por ejemplo, consideremos el principio de un artículo periodístico reciente sobre la seguridad al esquiar en la nieve:

El coctel que ocasiona más alucinaciones y que hace que quien lo consuma pierda totalmente la noción de riesgo no es un zombie, un harver wallbanger, ni el tremendo singapore sling. Se trata de una mezcla explosiva de testosterona y adrenalina que es lanzada a chorro a las arterias de los adolescentes y los jóvenes. Ésta es la razón por la cual más del 95% de las lesiones que ocurren entre quienes esquían en la nieve se presenta en hombres jóvenes menores a 30 años; la edad promedio de los lesionados es de 21.²

La explicación de la masculinidad natural construida por la sociobiología es ficticia casi totalmente. Supone grandes dife-

¹ Para la primera investigación de la sociobiología, véase Tiger, 1969, Tiger y Fox, 1971 (sobre los clubes de hombres); para una investigación posterior, Wilson, 1978. Goldberg, 1993, es defensor acérrimo de las hormonas.

² *San Francisco Chronicle*, 3 de febrero de 1994.

rencias entre el carácter y el comportamiento de los hombres y las mujeres. Como ya apunté en el capítulo 1, se ha realizado mucha investigación al respecto. Lo normal es concluir que las diferencias de intelecto, carácter y rasgos personales entre los sexos no son cuantificables. En los casos en los que hay diferencias, son muy pocas comparadas con las variaciones que se dan entre individuos del mismo sexo, y muy pocas también comparadas con las diferencias en la forma en la cual se colocan socialmente tanto los hombres como las mujeres. La tesis de la masculinidad natural supone que existe una fuerte determinación biológica en la manera en la cual se dan las diferencias de grupo en los comportamientos sociales complejos (como la formación de familias y ejércitos). No hay ninguna evidencia de que una determinación de este tipo exista. Hay pocos datos que sostengan incluso la idea de que existe una débil determinación biológica en las diferencias de grupo ligadas a comportamientos individuales simples. Ahora bien, la evidencia de la diversidad de género, histórica e intercultural, es aplastante. Por ejemplo, existen culturas y situaciones históricas en las que la violación no ocurre o es muy rara; en donde el comportamiento homosexual es una práctica mayoritaria (en un momento dado del ciclo vital); en donde las madres no tienen todo el peso del cuidado infantil (los ancianos, otros niños o gente del servicio realizan el trabajo); y en donde los hombres no son, normalmente, agresivos.

El poder de la determinación biológica no reside en la evidencia, ya que estudios cuidadosos de esta última, como el de Theodore Kemper, *Social Structure and Testosterone (La estructura social y la testosterona)*, muestran cómo no es posible sostener la existencia de la determinación unilateral biológica sobre lo social; la situación es mucho más compleja. Como Kemper concluye contundentemente: "Cuando las ideologías racistas y sexistas confirman ciertos órdenes sociales jerárquicos basándose en la biología, resulta que la biología es generalmente falsa."³

En realidad, el poder de esta perspectiva reside en la *metáfora* del cuerpo como una máquina. El cuerpo "funciona" y "opera".

³ Kemper, 1990, p. 221. Para una crítica excelente a la lógica de los argumentos sociobiológicos, véase Rose, Kamin y Lewontin, 1984, cap. 6.

La investigación descubre “mecanismos” biológicos en el comportamiento. Los cerebros están “armados” para producir la masculinidad”; los hombres se encuentran “programados” genéticamente para dominar; la agresividad es nuestro “biograma”. Tanto los textos académicos como los periodísticos utilizan ampliamente estas metáforas. Por ejemplo, pocos lectores estadounidenses del artículo citado sobre el esquí en nieve pasarán por alto la metáfora del motor de chorro que se ha mezclado con la metáfora del coctel. Con ella, las exóticas lesiones de los esquiadores se asociarán a los casos familiares de accidentes automovilísticos ocasionados por los inquietos jóvenes —que, a su vez, normalmente se explican biológicamente.

Las metáforas, al establecerse, desplazan la discusión y conforman la manera en la cual se considera o lee la evidencia. Esto es lo que ha ocurrido con la metáfora del mecanismo biológico, que puede encontrarse hasta en investigaciones cuidadosas y bien documentadas (lo cual no podemos decir de la mayoría de las investigaciones sociobiológicas). Como ejemplo consideramos el estudio, ampliamente discutido, de Julianne Imperato-McGinley y sus colegas. Una extraña deficiencia en cierta enzima ocasionó que en dos poblados de la República Dominicana se presentaran dieciocho casos en los cuales pequeños que genéticamente eran hombres tuvieran genitales que parecían femeninos; en consecuencia, se les educó como si fueran niñas. Se trata de una situación análoga a las que describió Stoller en Estados Unidos acerca de la primera parte de las vidas de transexuales; su argumento era que existía cierta “identidad nuclear de género” femenina. En los casos dominicanos, la situación cambió al llegar la pubertad, ya que los niveles normales de testosterona masculinizaron físicamente a los adolescentes. Los autores reportaron que diecisiete de los dieciocho individuos cambiaron a una “identidad de género” masculina y dieciséis a un “rol de género” masculino. Para ellos esto constituyó una prueba de que los mecanismos fisiológicos podían sobrepasar al condicionamiento social.⁴

Si examinamos el estudio con cuidado concluiremos algo muy distinto. McGinley y sus colegas describen una sociedad

⁴ Imperato-McGinley, *et al.*, 1979.

en la cual la división del trabajo se encuentra ligada con fuerza al género y con una oposición entre lo masculino y femenino marcada culturalmente —en ambos casos se trata de hechos sociales—. Rastrearón el hecho de que tanto los niños como sus padres reconocieron poco a poco que se había cometido un error en la asignación de género. El error se corrigió socialmente. Los cambios corporales de la pubertad dispararon un poderoso proceso social de reevaluación y reasignación. Lo que la investigación refuta no es tanto la explicación social de género sino la tesis específica de que la identidad nuclear de género formada en la primera infancia siempre tiene prioridad frente al desarrollo social posterior.

El estudio en República Dominicana, sin quererlo, muestra algo más. Se observó que, desde que las investigaciones médicas llegaron a la comunidad, la deficiencia en la 5-alfa-reductasa se identifica desde el nacimiento y los niños que la padecen son educados como hombres. En consecuencia, la medicina normalizó al género: su objetivo fue asegurar que los hombres adultos tuvieran infancias masculinas y se preservara una dicotomía de género consistente. Irónicamente, el trabajo que realizó Stoller con los transexuales estadounidenses hace lo mismo. La cirugía de reasignación de género (que en la actualidad es un procedimiento de rutina, aunque no es muy común) elimina lo inconsistente que es tener una presencia social femenina junto a genitales masculinos. La práctica médica ordena los cuerpos según cierta ideología social ligada a la dicotomía de género.

El análisis semiótico del género predice los mismos resultados. Las aproximaciones que suponen que los cuerpos de las mujeres son el objeto del simbolismo social florecieron en el punto de contacto entre los estudios culturales y el feminismo. Es posible encontrar cientos de estudios sobre las imágenes femeninas y la producción de la feminidad en películas, fotografías y otras artes visuales. Más cercanos a la práctica cotidiana, los trabajos feministas sobre la moda y la belleza, entre los cuales mencionaremos *Adorned in Dreams* (*Adornadas en sueños*), de Elizabeth Wilson, y *Beauty Secrets* (*Secretos de belleza*), de Wendy Chapkis, rastrean los complejos y poderosos sistemas de imágenes que determinan qué cuerpos son bellos o feos, delgados o gordos. Dichas imágenes crean series completas de necesidades

relacionadas con el cuerpo: dietas, cosméticos, ropa de moda, programas para adelgazar y muchos otros.

Este tipo de investigaciones se sostienen, y a veces surgen, de la influencia del postestructuralismo en la teoría social. El análisis de Michel Foucault al "ordenamiento" de los cuerpos es el corolario de su explicación de la producción de verdad dentro de los discursos; los cuerpos se vuelven el objeto de las nuevas disciplinas y las nuevas tecnologías del poder los van controlando poco a poco. La sociología del cuerpo desarrollada por Bryan Turner sigue el mismo rumbo, aunque a niveles más materiales. Al observar que los "cuerpos son objetos sobre los cuales trabajamos —comiendo, durmiendo, limpiando, haciendo dietas o ejercicio—", Turner propone la idea de las "prácticas corporales", tanto individuales como colectivas, que incluyen la variedad de formas en las cuales el trabajo social se relaciona con el cuerpo.

Estas prácticas pueden elaborarse institucionalmente a gran escala, como lo demuestra la sociología del deporte, que también lo conecta a la producción del género. Nancy Theberge, en "Reflections on the body in the sociology of sport" ("Reflexiones sobre el cuerpo en la sociología del deporte"), muestra de manera convincente cómo los diferentes regímenes de ejercicio para hombres y mujeres, las prácticas disciplinarias que se enseñan y que constituyen el deporte, se diseñan para producir cuerpos ligados al género. Si la disciplina social no puede producir cuerpos que se adecuen a la noción de género específica, entonces el bisturí sí podrá hacerlo. La cirugía plástica ofrece ya una extraordinaria gama de formas que producen cuerpos socialmente más deseables: desde los conocidos trabajos en el rostro y los implantes de senos, hasta la más novedosa liposucción, alteración de estatura, etc. Como lo demuestran Diana Dull y Candace West en sus entrevistas a quienes practican la cirugía plástica y quienes se someten a ella en Estados Unidos, la práctica se supone normal en una mujer, más no en un hombre. Sin embargo, la tecnología se extiende hasta la producción quirúrgica de masculinidad, con implantes de penes, tanto inflables como rígidos, entre otros ejemplos.⁵

⁵ Para ejemplos recientes de la semiótica visual feminista, véase *Feminist Review*, 1994, núm. 46. Para moda y belleza, Wilson, 1987; Chapkis, 1986. Para

A pesar de que la mayor parte de la semiótica del género se ha centrado en la feminidad, algunas veces la aproximación se ha extendido para incluir la masculinidad. Anthony Easthope, en *What a Man's Gotta Do (Lo que un hombre tiene que hacer)*, investiga estas cuestiones y demuestra con facilidad la forma en la cual los cuerpos de los hombres quedan definidos como masculinos por las imágenes producidas por los comerciales, las películas y los noticieros. Algunos estudios que se centran en cuestiones más específicas, entre los cuales el más destacado es el de Susan Jeffords, llamado *The Remasculinization of America (La remasculinización de Estados Unidos)*, rastrean la reconstitución y celebración de la masculinidad en películas y novelas sobre la guerra de Vietnam después de la derrota estadounidense. Últimamente también se han desarrollado ciertos estudios que se centran en la ambigüedad de género. El recuento enciclopédico que Marjorie Garber hace del travestismo en películas, obras literarias y dramáticas, llamado *Vested Interests (El interés en el travestismo)*, se aproxima a la teoría semiótica del género, y la lleva al límite cuando señala que el desajuste entre el cuerpo y la ropa se convierte en la metáfora de una realidad.⁶

Las aproximaciones del construccionismo social al género y la sexualidad, apuntaladas por un acercamiento semiótico al cuerpo, son antítesis casi completas a la sociobiología. En vez de que los arreglos sociales sean resultado del cuerpo-máquina, el cuerpo se constituye en un campo en el cual la determinación social hace estragos. Este punto de vista también utiliza metáforas, tomadas ahora del campo artístico y no del de la ingeniería: el cuerpo es un lienzo listo para pintarse, una superficie para grabar, un paisaje para delinear.

Este último punto de vista —aunque ha sido muy productivo— tiene un gran problema. Cuando se enfatiza tanto el significante, el significado parece desvanecerse. El problema es particularmente sorprendente en lo que respecta a la actividad corporal por excelencia: el sexo. Los trabajos derivados del construccionismo social fueron mejores que los de la sexología positivista

teorías de la regulación, Foucault, 1977; Turner, 1984. Para el deporte, Theberge, 1991; para cirugía reconstructiva y género, Dull y West, 1991; Tiefer, 1986.

⁶ Easthope, 1986; Jeffords, 1989; Garber, 1992.

de Kinsey y Master y Johnson, pero descorporalizaron al sexo. Como Carole Vance sugiere,

cuando la teoría de la construcción social asegura que los actos sexuales, las identidades y hasta el deseo se ven mediados por factores culturales e históricos, el objeto de estudio —la sexualidad— parece desvanecerse y amenaza con desaparecer.⁷

Algo parecido le ocurre al género cuando se le convierte únicamente en una posición del sujeto en el discurso, el lugar desde el cual se habla; cuando se le considera, sobre todo, como una representación; o cuando las contradicciones que aparecen en las vidas, ligadas al género, se convierten en “un producto de las metáforas”. Como Rosemary Pringle sugiere en “Absolute sex?” (“¿Sexo absoluto?”), que es una revisión reciente de las relaciones entre la sexualidad y el género, resulta tan discutible una aproximación cultural o semiótica del género como una visión biológicamente reduccionista.⁸ La superficie sobre la cual se inscriben los significados culturales no es completamente lisa ni se mantiene fija.

Lo cuerpos, en su carácter de cuerpos, son importantes. Envejecen, se enferman, disfrutan, se reproducen, dan a luz. Tanto la experiencia como la práctica poseen una dimensión irreduciblemente corporal; es imposible no considerar el sudor, por ejemplo. En este punto podemos incluso aprender algo de la bibliografía sobre los roles sexuales. Una de las pocas cosas apremiantes que resultaron de la bibliografía del rol masculino y de los libros que tenían como tema a los hombres fue la catalogación de los problemas a los cuales se enfrentan los cuerpos de los hombres: desde la impotencia y el envejecimiento hasta los peligros a la salud relacionados con el trabajo que realizaban, las lesiones violentas, la pérdida del orgullo deportivo y la muerte prematura. Peligro: el rol sexual masculino puede resultar dañino para la salud.⁹

⁷ Vance, 1989, p. 21.

⁸ Pringle, 1992.

⁹ Harrison, 1978. Para el ejemplo más reciente sobre esta preocupación que aparece en la literatura sobre los hombres, véase Farrell, 1993, cap. 4-7.

¿Es entonces posible encontrar un punto medio que incluya tanto lo biológico como lo cultural en un modelo compuesto del género? En esencia, ésta es la fórmula que siguió la teoría de los roles sexuales cuando, como mostramos en el capítulo 1, se añadieron argumentos sociales a la dicotomía biológica. Las argumentaciones más moderadas de la sociobiología a menudo aceptan la elaboración cultural del imperativo biológico. En los ochenta, Alice Rossi, una de las feministas pioneras en la sociología, toma una posición muy similar:

La diferenciación de género no es sólo una función de la socialización, la producción capitalista o el patriarcado. Se fundamenta en un dimorfismo sexual que se deriva del propósito fundamental de la reproducción de la especie.¹⁰

La consecuencia inmediata es que la masculinidad es la elaboración social de la función biológica de la paternidad.

Si consideramos que tanto el determinismo biológico como el social están equivocados, no sería muy lógico esperar que una combinación de ambos puntos de vista fuese adecuada. Existen razones para suponer que estos dos “niveles de análisis” no pueden sumarse de manera satisfactoria porque no se miden de igual manera. A la biología siempre se le considera como *más* real, la parte *más* básica de la dicotomía; incluso la socióloga Rossi se refiere a que el proceso social se “fundamenta” en el dimorfismo sexual y el propósito reproductivo tiene el carácter de “fundamental”. La sociobiología siempre da por sentado lo anterior. (Yo sostengo que estas metáforas expresan una idea completamente errónea de la relación entre la historia y la evolución orgánica.)

Tampoco el patrón de diferencia en ambos niveles se corresponde —aunque lo anterior se asume constantemente e incluso algunas veces se hace explícito en proposiciones sobre “el dimorfismo sexual del comportamiento”—. Es cierto que los procesos sociales pueden extenderse hasta incluir diferencias corporales (el brassiere con relleno, las diferentes cubiertas para el pene). También pueden distorsionar, contradecir, complicar, negar, mi-

¹⁰ Rossi, 1985, p. 161.

nimizar o modificar la diferencia corporal. Los procesos sociales pueden definir a un género (la moda "unisex", trabajos neutrales respecto al género), a dos géneros (Hollywood), tres (muchas culturas indígenas estadounidenses), cuatro (la cultura urbana europea a partir de que los homosexuales comenzaron a identificarse como grupo específico, después del siglo XVIII) o a un espectro amplio de fragmentos, variaciones y trayectorias. Los procesos sociales han reformulado nuestra misma percepción de los cuerpos sexuados, como lo demuestra Thomas Laqueur en su extraordinaria historia de la transición del pensamiento médico y popular desde un modelo de un solo sexo hasta un modelo que supone dos sexos.¹¹

No importa cómo lo veamos, el compromiso entre el determinismo biológico y el social no puede ser la base de una explicación del género. Sin embargo, tampoco podemos ignorar el radical carácter cultural del concepto de género ni la presencia corporal. Al parecer nuestra aproximación tiene que partir de otras formas de pensar.

LA IMPOSIBILIDAD DE ESCAPAR DEL CUERPO

El replanteamiento debe comenzar aceptando que, por lo menos en nuestra cultura, el sentido físico del ser hombre y del ser mujer es central para la interpretación cultural del género. El género masculino es (entre otras cosas) un forma de sentir en la piel, ciertas formas y tensiones musculares, ciertas posturas y formas de moverse, ciertas posibilidades en el sexo. La experiencia corporal es a menudo central en la memoria de nuestras propias vidas y, en consecuencia, en nuestra comprensión de quiénes somos y de qué somos. A continuación presento un ejemplo, tomado de una entrevista de historia de vida en la cual la sexualidad ocupa un lugar central.

¹¹ Para información sobre la multiplicidad de géneros, véase Williams, 1986; Trumbach, 1991. Para la historia de las percepciones científicas del sexo, véase Laqueur, 1990.

* * *

Hugh Trelawney es un periodista heterosexual, de unos treinta años, que recuerda su primera experiencia sexual a los catorce años. De forma poco usual, Hugh sostiene que tuvo relaciones sexuales con alguien más antes de masturbarse. El recuerdo, bastante adornado, ocurre en una semana mágica, con olas perfectas, la primera bebida en un hotel y el "comienzo de mi vida", dice Hugh:

La muchacha tenía dieciocho años y era de la playa Maroubra. No puedo explicarme por qué se metió conmigo. Tal vez era un poco retrasada emocional sino es que intelectualmente hablando. Supongo que en realidad sólo le importaban las apariencias. Es que yo era el típico chavo que surfeaba y tenía el pelo largo. Recuerdo que me coloqué sobre ella y que no sabía dónde ponerse. Sólo pensaba que todavía faltaba mucho... cuando por fin pude metérsela no entró totalmente y pensé que no era suficiente. Entonces ella debe haber movido un poco su pierna y mi verga entró y ahora sí... Después de unos cinco o seis jalones me vine y sentí algo maravilloso porque pensé que me iba a morir... Durante toda esa semana la imagen que tenía de mí mismo cambió. Esperaba —en realidad no sé qué es lo que esperaba— que me saliera más vello púbico, o que mi verga creciera. Toda la semana estuve así. Ya estaba listo para lo que viniera.

* * *

Se trata de un relato familiar que cuenta el advenimiento sexual. Cada detalle del mismo muestra las **intrincadas relaciones que existen entre el cuerpo y el proceso social**. La selección y la excitación, según la reconstrucción de Hugh, son sociales (la muchacha en la playa, el muchacho que surfeaba). El desempeño requerido es físico, "metérsela". El joven Hugh no tiene ni el conocimiento ni las habilidades requeridas, aunque estas últimas mejoren al interactuar con la respuesta del cuerpo de su pareja ("ella debe haber movido un poco su pierna"). El mismo sentimiento físico del clímax se convierte en una interpretación ("pensé que me iba a morir") y dispara una secuencia simbólica común —muerte, renacimiento, crecimiento nuevo—. De forma contraria, la transición *social* que Hugh completó al entrar a la se-

xualidad adulta, se traduce inmediatamente en fantasías corporales (“más vello púbico”, “que mi verga creciera”).

Al bromear, Hugh utiliza la metonimia que supone que el pene representa la masculinidad —fundamento del miedo a la castración y la teoría psicoanalítica clásica de la masculinidad que discutimos en el capítulo 1—, sin embargo, sus recuerdos también van más allá. Su primer intercambio sexual se localiza en un contexto deportivo: la semana de olas perfectas y cultura del surf. En tiempos recientes, el deporte se ha convertido en lo que define principalmente la masculinidad dentro de la cultura de masas. El deporte proporciona un escaparate continuo de cuerpos de hombres en movimiento. Reglas elaboradas y cuidadosamente revisadas hacen que dichos cuerpos compitan entre sí. En estas competencias cierta combinación de mayor fuerza (derivada del tamaño, la condición física, el trabajo en equipo) y mayor habilidad (derivada de la planeación, la práctica y la intuición) permitirá que alguien sea el ganador.¹²

La corporalización de la masculinidad en el deporte incluye patrones completos de desarrollo y uso del cuerpo, no sólo de algún órgano. Es evidente que dichos patrones requieren habilidades específicas, por ejemplo, el lanzamiento de un “googly” en cricket —esto es, una bola que se lanza, con un movimiento especial de pierna, desde detrás de la mano, manteniendo el codo sin doblar— debe ser uno de los movimientos físicos más exóticos del amplio repertorio humano. A los jugadores que sólo pueden hacer un tipo de movimiento se les considera extraños (*freaks*). El deporte competitivo admira el desempeño integrado de todo el cuerpo, la capacidad de hacer varias actividades maravillosamente bien —consideremos figuras como Babe Ruth en el béisbol, Garfield Sobers en el cricket o Muhammad Ali en el boxeo.

La organización institucional del deporte fija relaciones sociales definidas: la competencia y las jerarquías entre los hombres, la exclusión o dominación de las mujeres. Estas relaciones sociales de género se realizan y simbolizan en los desempeños corporales. Así, la destreza deportiva masculina se convierte en

¹² El deporte como espectáculo masivo utiliza específicamente los cuerpos de los hombres, ya que los medios de comunicación marginan el deporte femenino: Duncan, *et al.*, 1990. Mi argumentación se deriva de la investigación reunida en Messner y Sabo, 1990.

argumento de posiciones contrarias al feminismo y funciona como la prueba simbólica de la superioridad y el derecho a gobernar de los hombres.

Además, los desempeños corporales deben su existencia a dichas estructuras. Correr, lanzar, saltar o pegar de acuerdo con estándares externos a estas estructuras no son considerados deporte. El desempeño es simbólico y cinético, social y corporal al mismo tiempo, y *cada uno de estos aspectos depende de los otros*.

La constitución de la masculinidad a través del desempeño corporal determina que el género sea vulnerable cuando el desempeño no puede sostenerse —por ejemplo, como resultado de alguna discapacidad física—. Thomas Gerschick y Adam Miller realizaron un estudio pequeño pero muy interesante en hombres estadounidenses que se enfrentaban a situaciones como las anteriores, producto de accidentes o enfermedades que los incapacitaron. La investigación identificó tres tipos de respuesta: en la primera, los esfuerzos se duplican para alcanzar los estándares hegemónicos, sobreponerse a la dificultad física —por ejemplo, encontrando pruebas de que la potencia sexual es continua, al tratar de agotar a la pareja—. Otra respuesta reformula la definición de masculinidad al acercarla a la masculinidad que es entonces posible; dando gran importancia al mismo tiempo a aspectos masculinos como la independencia y el control. La tercera respuesta es rechazar la masculinidad hegemónica como un paquete completo —se critican los estereotipos físicos y se tiende hacia una política contrasexista, proyecto del tipo de los que exploraremos en el capítulo 5—. En conclusión, es posible construir una amplia gama de respuestas ante el debilitamiento del sentido corporal de la masculinidad. Lo que ninguno de estos hombres puede hacer es ignorarlo.¹³

Tampoco pueden hacerlo los obreros cuya vulnerabilidad se desprende de la misma situación que les permite definir la masculinidad gracias al trabajo. El trabajo manual pesado exige fuerza, resistencia, cierto grado de insensibilidad y rudeza, de solidaridad con un grupo. El énfasis de la masculinidad del trabajo industrial es tanto una manera de supervivencia dentro de las relaciones

¹³ Gerschick y Miller, 1993.

de clase explotadoras como una forma de reforzar la superioridad sobre las mujeres.

Este énfasis refleja cierta realidad económica. Mike Donaldson, al reunir documentos sobre el trabajo en las fábricas, muestra cómo la capacidad corporal de los obreros *constituye* un activo económico, con el que participan en el mercado laboral. Sin embargo, dicho activo cambia. El trabajo en las fábricas, dirigido por el régimen de utilidades, utiliza los cuerpos de los obreros, basándose en el cansancio, las lesiones y el desgaste y la fractura mecánicos. La disminución de la fuerza, que supondría salarios más bajos o la pérdida misma del trabajo, puede disimularse con el desarrollo de ciertas habilidades —hasta cierto punto—. “Es precisamente en esa fase cuando los días laborales de ese hombre —a menos que tenga mucha suerte— se habrán terminado”.

Por lo tanto, la combinación de la fuerza y la habilidad cambia. Cuando el trabajo se ve alterado por la falta de habilidades y la causalidad, los hombres de la clase obrera se van definiendo cada vez más a partir únicamente de su fuerza física. Cuando la exclusión debida a la clase social se combina con el racismo, como en Sudáfrica durante el *apartheid*, el proceso se vuelve muy virulento. (La economía del *apartheid* literalmente “reservaba” los trabajos de mano de obra calificada para los blancos y obligaba a la mano de obra negra a trabajar en labores de escala masiva.) Los hombres de la clase media, por su parte, se definen constantemente como quienes constituyen la mano de obra calificada. Esta definición se sostiene en un cambio histórico profundo de los mercados laborales, el crecimiento de la importancia de las cartas credenciales, relacionado con un sistema de educación superior que selecciona y promueve según la clase social.¹⁴

Este proceso de clase altera la conexión común entre la masculinidad y la maquinaria. La nueva tecnología en computación requiere trabajos sedentarios de oficina, clasificados originalmente como trabajos de mujeres (operadoras de teclados). Sin embargo, el mercado de las computadoras personales vuelve a definir a este tipo de labores como un ámbito de competencia y poder —masculino y técnico, pero no obrero—. Estos nuevos con-

¹⁴ Donaldson, 1991, p. 18. En lo relacionado con Sudáfrica, véase Natrass, 1992; sobre “clase nueva” y educación, Gouldner, 1979.

tenidos se promueven a través de los textos y gráficas de las revistas de computación, de los anuncios de los productores que enfatizan el "poder" (recordemos que Apple llamó a su computadora móvil "PowerBook", en donde "power" en inglés es "poder") y en la cada vez más poderosa industria de los juegos violentos de computadora. Los cuerpos de los hombres de clase media, separados de la fuerza física por la vieja división de clase, encuentran que su destreza se amplifica espectacularmente en los sistemas hombre/máquina (el lenguaje ligado al género es muy apropiado) de la cibernética moderna.

Concluiré diciendo que es imposible olvidarse del cuerpo al construir la masculinidad; sin embargo, esto no quiere decir que sea algo fijo. El proceso corporal, al insertarse en los procesos sociales, se vuelve parte de la historia (tanto personal como colectiva) y un posible objeto de la política. Sin embargo, esto no nos lleva de regreso a la idea de los cuerpos como parte del paisaje. Varias de sus formas se obstinan en relacionarse con el simbolismo y el control sociales. Eso es lo que trataré a continuación.

LAS COMPLEJIDADES DEL FANGO Y LA SANGRE

El maravilloso poema "Bizancio", de W. B. Yeats, imagina un pájaro mecánico dorado, símbolo del artificio de una civilización que decae, y desdeña "todas las complejidades del fango y la sangre". Imágenes de lo lejano y la abstracción se contrastan con "meras complejidades. La furia y el fango de los humores humanos".¹⁵ La palabra "meras" es irónica. Precisamente es la pluralidad y obstinación de los cuerpos lo que refuerza la ironía de Yeats.

La filosofía y la teoría social a menudo se refieren a "el cuerpo". Sin embargo, los cuerpos es un plural (unos 5.4 cientos de millones en 1994) y éstos son muy diversos. Existen cuerpos grandes y pequeños; cuerpos siempre manchados con grasa y tierra, cuerpos jorobados por haber estado muchas horas frente a un escritorio y otros cuerpos con manos inmaculadas y bien cuidadas. Cada uno de estos cuerpos tiene una trayectoria en el tiem-

¹⁵ "Byzantium", en Yeats, 1950, pp. 280-281.

po; cada uno cambia al crecer y envejecer. Además, los procesos sociales que los engloban y sostienen también cambian.

Lo que es verdad sobre "los cuerpos" en general, también puede aplicarse a los cuerpos de los hombres. En primer lugar, son diversos y se hacen todavía más al crecer y envejecer. En un ensayo anterior sobre los "cuerpos de los hombres" escribí poéticamente cómo la masculinidad corporal se centraba en la combinación de fuerza y habilidad simbolizadas en el deporte; mencioné que:

Ser un hombre adulto es ocupar un espacio, tener una presencia en el mundo. Al caminar por la calle, estiro mis hombros y me comparo con otros hombres. Al encontrarme una noche con un grupo de jóvenes punk me pregunto si me veré lo suficientemente imponente. En una manifestación, me comparo con los policías intentando ver si soy más alto y más fuerte, por si llegamos a un enfrentamiento —lo que realmente es una consideración ridícula si tomamos en cuenta la técnicas actuales de control de masas, sin embargo, se trata de una reacción automática.¹⁶

Esto lo escribí hace diez años. Ahora, cuando casi llego a los cincuenta, el cuerpo involucrado es un poco más calvo, bastante más inclinado, ocupa mucho menos espacio y es mucho más difícil que se encuentre en la calle en situaciones como la descrita en la cita.

Los cuerpos de los hombres no son únicamente diversos y cambiantes, sino que pueden ser muy obstinados. Se les proponen formas de participación en la vida social, y a menudo las rechazan. A continuación presento dos ejemplos tomados de las entrevistas realizadas para conocer historias de vida.

* * *

Hugh Trelawney, cuya iniciación sexual ya citamos, emprendió un camino como estudiante que nos es muy familiar. Estaba decidido a convertirse en una "leyenda", así que se convirtió en "el animal del año" de su universidad, envuelto en el alcohol, las drogas y el sexo. Algunos años después, cuando trabajaba como maes-

¹⁶ Connell, 1983, p. 19.

tro de escuela, era casi un alcohólico y se encontraba seriamente enfermo. Abandonó su trabajo, se provocó una crisis emocional inducida por las drogas y terminó en una unidad de desintoxicación. El golpe a su orgullo no era sólo corporal, sino también involucraba una humillación social: "Esto no puede estar pasando. Soy un futbolista de primer nivel".

* * *

Tip Sothern, con una posición de mayor ventaja de clase, festejaba aún más. Su grupo de amigos de la escuela privada a la que asistía se llamaba "La patrulla de la enfermedad", se vestía de forma estrafalaria, irrumpía en las fiestas y terminaba organizando cualquier actividad en las mismas; fumaba mucha marihuana.

Éramos jóvenes muy radicales, rebeldes, estábamos enojados. Nuestro único objetivo era festejar todo el tiempo. Al final, todo se volvió borroso. Era una parranda tras otra... Era demasiado, todo el tiempo se nos pasaba la mano, en verdad, estábamos todo el tiempo borrachos pero lo aguantábamos porque también teníamos mucha energía. No te dan crudas cuando eres tan joven y estás acostumbrado a beber.

Al terminar la universidad, la situación empeoró: se trataba de "fiestas muy pesadas", el ponche se hacía con alcohol industrial, hachís y alucinógenos. Con el tiempo, el cuerpo y la familia de Tip dejaron de reaccionar de la misma forma.

Intenté conseguir empleo. "¿Qué sabe hacer?" Nada. No tenía ropa en buenas condiciones porque llevaba demasiado tiempo en fiestas... Así que no conseguí empleo. Mi apariencia no era muy respetable —o sea, no estaba bien alimentado, tomaba muchas drogas, ácidos, bebía demasiado. Me recuerdo metido en mi habitación, escondido de mí mismo, en el peor estado que se pueda imaginar: los ojos rojos e hinchados, un orzuelo en este ojo, y la cara muy pálida. Bebía demasiado, tomaba drogas muy fuertes, ácido... Y estaba demasiado metido en todo. Finalmente decidí que tenía que hacer algo drástico.

* * *

Historias de crisis como las anteriores muestran cuerpos sometidos a presiones que alcanzan los límites. Michael Messner, al entrevistar a estadounidenses que habían sido atletas, escuchó historias análogas. La presión del deporte competitivo de alto nivel obliga a los jugadores profesionales a utilizar sus cuerpos como si fueran instrumentos, incluso armas. En palabras de Messner, "el cuerpo-como-arma termina siendo una forma de violencia contra el propio cuerpo". Las lesiones propias del juego, los accidentes, la utilización de drogas y la tensión constante gastan hasta al más entrenado y fuerte. El estudio de caso realizado por Timothy Curry con un luchador estadounidense muestra cómo las lesiones deportivas se vuelven parte de las expectativas normales de la profesión. El cuerpo sufre, en verdad, un asalto en nombre de la masculinidad y los logros deportivos. Los ex atletas viven con cuerpos dañados, dolor crónico y mueren jóvenes.¹⁷

Se trata de casos extremos, pero este principio se aplica casi a todas las situaciones rutinarias, como los trabajos en las fábricas, que discutimos anteriormente. Los cuerpos no pueden comprenderse como medios neutros de la práctica social. Su misma materialidad es importante. Harán ciertas cosas y otras no. Los cuerpos se encuentran *sustantivamente* en juego en prácticas sociales como el deporte, el trabajo y el sexo.

Algunos cuerpos son más que obstinados: fracturan y subvierten los arreglos sociales a los cuales los invitaron. El deseo homosexual, como Guy Hocquenghem argumenta, no es el producto de un tipo diferente de cuerpo. Pero sí es un hecho corporal, un hecho que fractura la masculinidad hegemónica.¹⁸

El caso del cambio de género es todavía más desconcertante, ya que supone el tránsito a través de las fronteras fundamentales establecidas por el orden moderno de género. Incluso el lenguaje utilizado para hablar de éste en el caso de la medicina, convierte la desesperación y el carnaval en condiciones y síndromes: "travesti" y "transexual". La ciencia social y la teoría posmoderna han criticado este hecho: "la teoría *queer*" celebra las fragmen-

¹⁷ Messner, 1992; Curry, 1992.

¹⁸ Hocquenghem, 1978.

taciones simbólicas de las categorías de género. Sin embargo, tanto la ideología médica como la crítica coinciden al considerar la cultura como el término activo y a los cuerpos como pasivos, meros paisajes. El cambio de género puede entenderse como el triunfo último del símbolo sobre la carne, los "transexuales" literalmente hacen que sus cuerpos se esculpan según la forma de la identidad simbólica que adoptaron.

Los relatos de la gente que cambia de género no muestran que el cuerpo se encuentre bajo el gobierno del símbolo. La autobiografía de Katherine Cummings, australiana inteligente y sensata que cambió de género,* refiere una necesidad incomprensible y sin embargo materialmente innegable, en la cual debían basarse tanto el yo simbólico como las relaciones sociales. Gary Kates, al examinar la clásica historia de cambio de género del Caballero d'Eon, del siglo XVIII, observa que a d'Eon, a pesar de estar convencida de que era una mujer, le disgustaban tanto el simbolismo como las situaciones prácticas relacionadas con las ropas femeninas. D'Eon sólo se las ponía, bajo protesta, cuando las autoridades políticas francesas la obligaban a hacerlo.

Los anteriores no son casos únicos. En los límites de las categorías de género, los cuerpos pueden transitar por derecho propio. El impulso puede ser tan fuerte que transforma la conciencia propioceptiva, con alucinaciones del cuerpo del otro sexo —algunas veces temporal y otras permanente—. En el caso de David, mencionado en el capítulo 1, Laing hablaba de "la mujer que estaba dentro de él y que siempre parecía salir". Creo que se trata de una experiencia corporal y no sólo mental. Dos experiencias corporales de géneros diferentes surgen en el mismo lugar. Así que los cuerpos no son únicamente subversivos, también son bromistas.¹⁹

* Nota a la traducción: *Gender traveller*.

¹⁹ Cummings, 1992, presenta su propio caso; D'Eon desde la tumba a través de Kates, 1991. Para el caso de David, véase Laing, 1960, p. 73.

EL FANTASMA DE BANQUO: LAS PRÁCTICAS QUE SE REFLEJAN
EN EL CUERPO Y SE DERIVAN DEL MISMO

¿De qué manera podemos entender la situación cuando, como el fantasma de Banquo, los cuerpos se rehúsan a permanecer a la intemperie en el ámbito natural y reaparecen, sin invitación alguna, en el ámbito social? La ciencia social tradicional no ofrece ninguna ayuda. Como Turner observó en *The Body and Society* (*El cuerpo y la sociedad*), los cuerpos desaparecieron desde hace mucho tiempo de la teoría social, que en su mayoría opera en el universo creado por Descartes, con una separación muy marcada entre la mente, que conoce y razona, y el cuerpo, irracional y mecánico. Las teorías del discurso no han superado esta separación: han convertido a los cuerpos en objetos de la práctica y el poder simbólicos, pero no los han considerado participantes.

La salida de este universo no es suficiente para afirmar el significado de la diferencia corporal, por muy importante que esto resultara en la teoría feminista reciente. Necesitamos afirmar la actividad, literalmente la *agencia*, de los cuerpos en los procesos sociales. Las historias de crisis mencionadas en este mismo capítulo mostraban la rebelión de los cuerpos en contra de ciertas formas de presión. Se trataba de formas de efectividad, pero no de *agencias* completamente desarrolladas. Quisiera apoyar una posición teórica más fuerte en la que los cuerpos sean considerados como copartícipes de la *agencia* social al generar y dar forma a la conducta social.²⁰

* * *

Don Meredith, un narrador extraordinario, contó una larga y cómica historia sobre la búsqueda en la cual se enfrascó en su juventud para tener su primer intercambio sexual. Después de varios fracasos alcanzó su objetivo, inició una relación y se encontró con que no podía eyacular. Con el tiempo, se volvió más sofisticado:

²⁰ Turner, 1984. Rhode, 1990, presenta el pensamiento feminista reciente en Estados Unidos sobre la diferencia.

Tengo una orientación anal importante. Lo descubrí por accidente al estar con una joven y realmente lo disfruté. Metía su dedo en mi ano y para mí era maravilloso. También yo, cuando me masturbaba, solía tocarme esa zona pero nunca la había penetrado. Supongo que la experiencia fue una especie de gatillo para mí. Cuando la joven me tocaba, sentía que me electrificaba, y jamás tuve problemas para eyacular con ella. Realmente descubrió un lugar específico que me excitaba. Entonces se me ocurrió que lo que realmente me gustaría era tener una relación con un hombre en la cual me penetrara. La mera idea me excitaba.

* * *

La excitación y acción corporal se entretajan con la acción social. Don experimentaba su cuerpo y sus capacidades gracias a la interacción. Podríamos decir que descubrió su cuerpo al interactuar. Su pareja lo condujo a su propio ano. El clímax del primer intercambio sexual fue al mismo tiempo una sensación física y el punto culminante de la narración más larga constituida por la "Historia de la virginidad de Don": "¡Jamás había experimentado esto!"

El carácter social del desempeño físico no depende del marco social que rodea a un evento fisiológico. Se trata de una relación más íntima que opera especialmente en la dimensión de la fantasía —en los matices de la historia sobre la virginidad de Don y, de manera más directa, en la fantasía de una nueva relación social en "la cual me penetrara".

La fantasía comenzó con la penetración con un dedo a que lo sometió su pareja. Surgió de una interacción social, pero fue en su totalidad una experiencia corporal. La respuesta de su cuerpo tuvo una influencia que dirigió la conducta sexual de Don. El término *agencia* no parece ser suficiente para incluir lo que el esfínter, la próstata y los tejidos eréctiles de Don experimentaron.

La investigación en el deporte que enfatizó las prácticas disciplinarias productoras del género no capturó este tipo de cuestiones. Correr, por ejemplo, es una actividad ordenada socialmente. Cada segundo, todas las mañanas cuando me levanto de la cama y me amarro los tenis, me lo repito. Sin embargo, cada agosto, en Sydney, 40 000 pares de pies bajan por William Street hacia Bon-

di en la carrera llamada "City to Surf" y lo hacen por *voluntad propia*. Una carrera como ésta es un muy buen ejemplo del placer de socializar gracias a desempeños corporales compartidos.

La idea de la "resistencia" a las prácticas disciplinarias tampoco incluye lo que ocurre cuando la jaula de acero de la disciplina se golpea contra el suelo y se dobla. Hace dos días, en el autobús que me llevaba a la universidad, me senté frente a una joven que llevaba zapatos y shorts para correr, una blusa de seda, aretes largos de plata, maquillaje completo y un peinado muy elegante. ¿Se encontraba acaso controlada simultáneamente por *dos* regímenes de disciplina, el del deporte y el de la moda, que se articulaban a la altura de la cintura? Por lo menos, hacía algo muy ingenioso con los regímenes y tenía la capacidad de maniobrar con ellos.

Con cuerpos que son tanto objetos como agentes de la práctica, y con la práctica misma conformando estructuras en las cuales los cuerpos pueden ser apropiados y definidos, nos enfrentamos a un patrón más allá de las fórmulas de la teoría social actual. A este patrón podríamos llamarlo prácticas que se reflejan en el cuerpo y se derivan del mismo.

La electrificación de Don ilustra los circuitos involucrados. El placer corporal de ser penetrado por el dedo de la pareja, que resulta en la estimulación de la próstata, de los esfínteres anales y el tejido rectal, tuvo consecuencias sociales. Condujo directamente a la fantasía de una nueva relación social, con un hombre, "en la cual sería penetrado. La idea realmente me excitaba".

La excitación fue transgresora. Don pensaba que era heterosexual. Había rechazado aproximaciones de un gay cuando buscaba perder su virginidad, "espántalo con un matamoscas". Sin embargo, la experiencia corporal de ser penetrado lo condujo a la fantasía de una relación homosexual y, con el tiempo, a encuentros homosexuales reales. (Don no tuvo mucha suerte, ya que al experimentar un intercambio sexual gay, su pareja perdió la erección).

Ni la relajación de esfínteres ni la estimulación prostática exigen una relación con un hombre. Una mujer puede hacer el trabajo sin problema alguno. La ecuación social entre la penetración anal y la pareja masculina es la que dio pie a la estructura de la fantasía corporal de Don. El sexo anal es una pieza clave de

la homosexualidad masculina occidental, aunque la investigación derivada de estudios relacionados con el SIDA muestra que se realiza mucho menos de lo que la importancia simbólica que se le ha asignado sugiere.²¹

El circuito en este caso va de la interacción corporal y la experiencia, también corporal, a la fantasía corporal estructurada socialmente (que incluye la construcción cultural de las sexualidades hegemónicas y oprimidas), y llega hasta la construcción de relaciones sexuales nuevas que se centran en nuevas interacciones corporales. No se trata sólo de significados y categorías sociales impuestos sobre el cuerpo de Don, aunque dichos significados y categorías son fundamentales en lo que ocurre. La práctica que se refleja en el cuerpo y se deriva del mismo los hace actuar y la práctica corporal —una felicidad sorprendente— carga al circuito de energía.

* * *

Adam Singer recuerda un momento traumático con su padre:

Le compró a mi hermano un palo de críquet en Navidad y a mí no quiso comprarme otro. Según él, yo no podía jugar críquet, ni lanzar bolas. Un hombre lanza una bola de una forma distinta a como lo hace una mujer. Evité lanzar bolas cuando mi papá me veía porque sabía que hiciera lo que hiciera nunca podría lanzarla como un niño fuerte debía hacerlo. Alguna vez que lo intenté, se burló de mí diciendo que lanzaba como una niña.

* * *

En este caso el circuito se condensa con el tiempo. Los significados públicos de género se funden de manera instantánea con la actividad corporal y los sentimientos incluidos en una relación. Aun así, se trata de una percepción escindida. Adam aprende a actuar tanto dentro de su cuerpo (lanzar la bola) como fuera

²¹ Para quienes quieran intentarlo, Morin, 1986, ofrece información muy útil. Hocquenghem, 1978, desarrolla con entusiasmo el significado social del asunto; Connell y Kippax, 1990, presentan detalles de la práctica.

del mismo, observando su desempeño ligado al género (“sabía que hiciera lo que hiciera nunca podría lanzarla como un niño”).

En la historia de Adam, la práctica deportiva que se refleja en el cuerpo y se deriva del mismo resultó en una declaración sobre la diferencia (“se burló de mí diciendo...”) cargada emocionalmente con todo lo que la relación padre-hijo supone. Al pasar los años, Adam reunió más evidencias de que era diferente. Finalmente, de forma deliberada comenzó una relación con un hombre para ver si era homosexual —esto es, para determinar en qué lugar del orden de género podía acomodar su cuerpo y “la rudeza” que venía incluida en él.

* * *

Steve Donoghue sabía perfectamente cuál era su lugar. Era campeón nacional de surfing y ganaba mucho dinero en premios, patrocinios y comerciales. Su apariencia física era perfecta y la trabajaba diariamente durante cuatro o cinco horas en entrenamientos. El cuerpo de Steve realizaba hazañas sorprendentes que dependían tanto de precisión como de resistencia:

Puedo hacer que mi energía rinda perfectamente para una carrera de cuatro horas. Puedo comenzar a cierto ritmo y terminar, siempre, con el mismo ritmo. Cuando nado, normalmente recorro 200 metros, esto es, cuatro vueltas de 50 metros. Puedo empezar y nadar los primeros cincuenta metros con una décima de segundo de diferencia del tiempo con que recorro los otros tres tramos de cincuenta metros. Ni siquiera necesito ver un reloj...

Como muchos otros deportistas, Steve conoce detalladamente su cuerpo, sus capacidades, necesidades y límites.

* * *

La práctica que se refleja en el cuerpo y se deriva del mismo resulta familiar en este caso; no podríamos decir lo mismo de las consecuencias que tiene relacionadas con el género. Steve Donoghue, un hombre joven de los que gustan de la playa, estaba atrapado en las prácticas exigidas a Steve Donoghue, el famoso

ejemplo de masculinidad. No podía manejar si había bebido alcohol, ni pelear cuando se metían con él (para no tener publicidad en su contra). No podía ir a tomarse unas copas (debido a sus entrenamientos) ni tener una vida sexual muy activa (su entrenador se lo prohibía; además, las mujeres debían ajustarse a su horario de entrenamiento). En otras palabras, todo aquello que en su grupo de amigos definía la masculinidad, le estaba prohibido.

Es más, la práctica que se refleja en el cuerpo y se deriva del mismo que construyó la masculinidad hegemónica de Steve también la debilitó. La vida social y psicológica de Steve se centraba en su cuerpo. El carácter competitivo esencial para convertirlo en un campeón se interiorizó. Aunque su entrenador lo incitaba a odiar a sus competidores, Steve se resistía a hacerlo. Lo que sí hacía era referirse a la "fuerza mental" y a su capacidad para "controlar el dolor", y a "hacer que mi cuerpo piense que no me estoy lastimando tanto".

En pocas palabras, Steve terminó siendo un narcisista —a pesar de que la construcción hegemónica y contemporánea de la masculinidad en Australia se enfoca a lo externo y evita cualquier tipo de emoción privada—. Sin embargo, su narcisismo no podía sostenerse en la admiración de sí mismo y el placer corporal, ya que hacerlo significaría destruir el desempeño del cual dependía la trayectoria de vida de Steve.

Su versión de lo que era competir suponía que el triunfo decisivo era sobre su propio cuerpo. Su maravilloso físico sólo tenía sentido cuando lo desplegaba para ganar. Su deseo de ganar no surgía de un "instinto" personal, término común en el discurso deportivo que Steve nunca utilizó, se lo asignó la estructura social de las competencias deportivas; era lo que lo definía, lo que lo hacía un campeón.

En consecuencia, el circuito de la práctica que se refleja en el cuerpo y se deriva del mismo de Steve era complejo y partía del sistema institucionalizado del deporte comercial, de la producción y comercialización de productos de playa y de los medios de comunicación, y llegaba hasta las prácticas personales de entrenamiento y competencia. El sistema está muy lejos de tener coherencia. Es más, se contradice continuamente, traicionado por la masculinidad contradictoria producida por la vida de Steve.

Si esto es cierto de una masculinidad tan ejemplar como la de él, hay pocas razones que indiquen que los circuitos de las prácticas que se reflejan en el cuerpo y se derivan del mismo de la mayoría de los hombres sean más coherentes.

A partir de todos estos ejemplos, podemos concluir que las prácticas que se reflejan en el cuerpo y se derivan del mismo no se dan en el interior de los individuos. Involucran relaciones sociales y símbolos; y también pueden involucrar instituciones sociales a gran escala. Ciertas versiones particulares de la masculinidad se constituyen en sus circuitos ajustándose a cuerpos cargados de significado y significados corporalizados. Gracias a las prácticas que se reflejan en el cuerpo y se derivan del mismo no sólo se forman vidas particulares, sino también el mundo social.

DARLE FORMA AL MUNDO

Gracias a las prácticas que se reflejan en el cuerpo y se derivan del mismo los procesos sociales se inscriben en los cuerpos y los incluyen en la historia, sin quitarles su esencia de cuerpos. No se convierten en símbolos, signos, ni lugares en un discurso. Su materialidad (que incluye capacidades materiales para engendrar, dar a luz, producir leche, menstruar, abrirse, penetrar, eyacular) no desaparece, sigue siendo importante. El proceso *social* del género incluye el nacimiento y el cuidado infantil, la juventud y el envejecimiento, los placeres del deporte y el sexo, el trabajo, las lesiones, la muerte debida al SIDA.

La semiótica social del género, con su énfasis en el interminable juego de la significación, la multiplicidad del discurso y la diversidad de las posiciones del sujeto, ha sido muy importante para escapar de la rigidez del determinismo biológico. Sin embargo, no debemos quedarnos con la impresión de que el género es como una hoja en otoño, que se mueve con cualquier ligera brisa. Las prácticas que se reflejan en el cuerpo y se derivan del mismo forman —y se forman por— estructuras que tienen peso y solidez históricos. Lo social posee su propia realidad.

Cuando alrededor de los años setenta el feminismo hablaba del "patriarcado" como el modelo dominante de la historia humana, el argumento se generalizó en extremo. Sin embargo, la

idea entendía muy bien el poder y la intratabilidad de una estructura masiva de relaciones sociales: una estructura que incluía el Estado, la economía, la cultura y las comunicaciones, además del parentesco, la educación infantil y la sexualidad.

La práctica nunca se da en el vacío. Siempre responde a una situación, y las situaciones se estructuran en formas que admiten ciertas posibilidades y no otras. La práctica tampoco actúa en el vacío. La práctica hace al mundo. Al actuar, convertimos las situaciones iniciales en situaciones nuevas. La práctica constituye y reconstituye estructuras. Utilizando el extraño término del filósofo checo Karel Kosík, la práctica humana es ontoformativa, esto es, forma la realidad en la cual vivimos.²²

Las prácticas que construyen la masculinidad son ontoformativas, según esta definición. Como prácticas que se reflejan en el cuerpo y se derivan del mismo constituyen un mundo que tiene una dimensión corporal, pero que no está determinado biológicamente. Al no estar fijo por la lógica física del cuerpo, el mundo recién formado pudiera ser hostil al bienestar físico de los cuerpos. Las normas de masculinidad hegemónica decretadas por Tip Southern y Hugh Trelawney eran hostiles de esta forma —eran “ejemplos de heridas infligidas por ellos mismos”, como el argot australiano llama a la cruda—. La práctica del sexo no seguro, en el contexto de la epidemia del VHS, es un ejemplo todavía más siniestro.

Tanto Tip Southern como Hugh Trelawney reformaron su masculinidad —reformaron el cuerpo y cambiaron el tipo de relaciones en las que se enfrascaban—. Hugh acudió a una clínica de desintoxicación y decidió hacer “cambios fundamentales” en su conducta. Se decidió a competir menos, a ser más abierto frente a los demás y a tratar a las mujeres como personas, no como objetos del juego sexual. El resultado de estas reformas será analizado en el capítulo 7. Tip dejó las drogas y consiguió un trabajo al aire libre en el cual desempeña labores físicas, lo que lo ayudó a recuperar la salud. Por primera vez fue capaz de establecer una relación duradera con una mujer.

Claro que dos historias no pueden representar los intentos de todos los hombres por cambiar. En el capítulo 5 presentaré otras

²² Kosík, 1976.

trayectorias. Sin embargo, lo que sí ilustran estos dos casos es un hecho ineludible a cualquier proyecto de cambio: para los hombres, como para las mujeres, el mundo formado por las prácticas que se reflejan en el cuerpo y se derivan del mismo ligadas al género son territorio de la política —la lucha de intereses en un contexto lleno de desigualdades—. La política de género es una política que depende del cuerpo y de factores sociales. Las formas que adquiere una política corporalizada de la masculinidad serán el tema principal del resto del libro.